



UN PAQUETE PARA EL MÁNAGER

Relatos negros de boxeo

Arturo Seeber Bonorino




GARAJE
NEGRO

Arturo Seeber Bonorino

Un paquete para el mánager

Relatos negros de boxeo



EL DURO FALSO

I

—Flaco, tirame unos mangos, que estoy en la lona. No tengo ni pa'morfar, te lo juro. Vos sabés, estoy solo en Buenos Aires. No conozco a casi nadie. Menos mal que tengo amigos como vos.

El suboficial Gutiérrez lo miró de arriba a abajo, de abajo a arriba, atónito, sin poder creer lo que estaba escuchando. Un pobre pelotudo tirándole la manga a un policía. Algo nunca visto. Y un pobre pelotudo que no lo conoce ni su madre.

—Pero decime una cosa —le contestó—, ¿vos sos boludo, o qué carajo te pasa?

—Pero flaco, escucháme...

—Flaco las pelotas —le pegó el grito—, yo soy el suboficial Gutiérrez.

—Bueno, está bien... —achicó Magnus— Si no te quise molestar... Pero como somos amigos, como siempre venís a buscar el diario y charlamos un cacho...

—Que yo me lleve el diario o no es asunto de tu jefe, no tuyo. Y si se me canta alzarme el quiosco entero, ¿te creés que te voy a pedir permiso a vos, pedazo de pelotudo?

En ese momento bajó del coche celular el sargento Parisi, se dirigió al superior y le preguntó:

—¿Tiene algún problema, suboficial Gutiérrez?

Gutiérrez lo miró torvo, miró a Magnus, y de súbito se puso a reír, le agarró un ataque de risa que no podía parar.

—Nada, Parisi, está todo bien. Desavenencias entre “amigos”.

Y siguió cagándose de risa. Le pareció tan ridícula, tan ilógica la situación, que no pudo parar de reírse. Cuando se le fue pasando la tentación, cambiando de tono, le dijo al mangante:

—Tirá los guantes, salame, lo tuyo son las tablas. Presentate a la Revista dislocada, a ver si te contratan.

Quedó unos instantes abstraído, y de repente, en un impulso, como si las palabras no salieran de su propia boca, le preguntó:

—¿Vos querés que te preste guita? ¿Y cuánto querés? —y dirigiéndose al sargento—. Andá, nomás, Parisi, que ya nos vamos.

Magnus se iluminó. En un cálculo instantáneo, casi por instinto, midió un término medio los dos estados de ánimo del suboficial, y le salió esta cifra:

—Doscientos mangos, con doscientos mangos me arreglo.

—Doscientos mangos... vas a comer muy bien con doscientos mangos.

Magnus no reparó en la ironía, y movido de entusiasmo continuó:

—Sí, es que estoy esperando que me manden una guita de Tucumán, sabés. Un giro, creo que por dos mil... Es una guita que me deben de un combate, de una apuesta. Un combate que yo gané, y claro, aposté por mí porque ya sabía. Yo allí peleé mucho, ya te conté. De amateur. Y tenía mucha gente que me seguía. Ahora me vine a Buenos Aires a pasarme a profesional.

—¿Pero no te habrás acordado un poco tarde? —lo gastó el suboficial—. Ya tenés bien pasaditos los treinta.

A Magnus le dio mucha bronca el comentario y le hubiese surtido un par de cachetazos, si no fuese porque era un cana. O a lo mejor no, pensó después, que además de cana era un enano retacón, que medía lo menos una cabeza menos que él, y que si le daba una trompada lo mataba.

—Bueno, y decime —continuó Gutiérrez—, yo te presto la guita y vos me la devolvés, ¿pero cuándo? Porque a mí que te manden un giro hoy o dentro de dos años ni me va ni me viene. Si yo te presto, ponemos un día y vos cumplís.

—Sí, sí, yo te cumplo... Una semana, ¿qué te parece una semana? Con una semana tengo tiempo de sobra.

—Así me gusta, que la gente sea formal.

—¿Entonces, me prestás? —largó ansioso Magnus.

—¡Tenga mano, compañero! —frenó Gutiérrez—. Estamos negociando. Yo te presto. ¡Fenómeno! ¿Y yo qué gano con prestarte? Porque si yo te presto doscientos y vos me devolvés doscientos, ¿a mí para qué me sirve? Nos vamos entendiendo, ¿no?

Magnus estaba demasiado ansioso para andarse con mucha charla. Le pescó el comentario al vuelo y ofreció:

—Cuatrocientos. El doble, ¿te parece bien? Yo en una semana te devuelvo cuatrocientos pesos por los doscientos.

El suboficial Gutiérrez estuvo a punto de mandarlo a la mierda, de decirle que lo estaba cargando y que le fuera a tirar la manga a la puta que lo parió. Pero le pasó algo raro, pensó que podría prestarle la guita, que al fin y al cabo no era mucho y para él era una manera de seguir divirtiéndose a costa de ese infeliz.

—Bueno, tenés suerte. Hoy hice un “cobro” y ando forrado. Y la verdad que me ofrecés un buen negocio; ¿a quién no

le gusta volverse millonario de la noche a la mañana...? —de pronto pasó de la pura joda a un tono amenazante—. Pero ni se te ocurra pasarte de piola. Si hacés negocio conmigo, cumplís. Si no, preparáte.

—Pero flaco... bueno, Gutiérrez, ¿cómo podés dudar de mí? Somos amigos, ¿no? Bueno, vos no sé... Pero es que yo te tengo mucho aprecio, no sabés cuánto. Para mí sos un amigazo. ¡Y entonces, cómo te voy a fallar!

Gutiérrez le dio la espalda, metió la mano en el bolsillo, sacó unos billetes, los dobló y escondió en la mano, y enfrenándolo nuevamente se los puso en un bolsillo. Parsimonioso, como triunfante, el suboficial se despidió de su acreedor y fue lentamente hacia el coche celular. Magnus agarró los billetes, los desplegó, y al contar vio que sólo habían cien pesos. Se fue tras Gutiérrez y le dijo:

—Eh, suboficial Gutiérrez, que te equivocaste, que me dejaste cien mangos.

Gutiérrez lo miró con sorna y le contestó, antes de meterse en el coche:

—Me debés cuatrocientos, no te olvidés... Ah, y en una semana, no te espero más.

Cuando vio que el coche de la yuta se largaba, Magnus se puso la campera, salió del quiosco y enfiló para el bajo. Allí buscó al Rulo, que andaba haciendo la ronda, como siempre.

—¿Tenés de la buena? —le preguntó.

—Me extraña, hermano, yo no trabajo con mercadería berreta.

—Sí, y yo soy el General Perón... Dale, dame cinco papeles... Pero sin talco.

—Hermano, ¿qué me estás diciendo? —se defendió el Rulo, mientras se intercambiaban dinero y droga.

Magnus bajó por Paseo Colón rumbo a la Boca. Antes de llegar a Parque Lezama se metió en un bar, fue derecho al baño a meterse falopa y al salir pidió ginebra en el mostrador, que dejaran la botella. Apoyó los codos en el estaño, y agitada su fantasía por la mezcolanza de pichicata y chupi, se vio con la banda de campeón argentino, ante sí a su contrincante *grogie* en la lona, con la cara llena de sangre, que se quería levantar y no podía. Había que llamar al médico. Había que ver si lo salvaban, porque ese a lo mejor no volvía nunca más a saludar al día. Como a Lavorante, cuando le dieron esa paliza tan bruta que lo mandaron al otro mundo. Magnus tenía más fuerza que nunca, con una polenta que no lo paraba nadie. Iba creciendo para atrás, pasaba el tiempo y se ponía cada vez más pendejo. Lo sacó de sus glorias uno que lo saludó:

—¿Qué tal, tigre?

—“El tigre tucumano” —replicó, con mucho orgullo.

—“El tigre tucumano”, sí, señor. El que le va a sacar el título a “Martillo” Salgado, sí señor.

Magnus oteó a su admirador desde sus alturas, le sonrió altivo y simple como un dios de entrecasa, y agregó:

—Yo soy una gloria en Tucumán. Vos no sabés. Más de cincuenta peleas. No quise hacerme profesional en seguida, a mí me gusta hacer las cosas bien. Ahora que estoy preparado, me vine a Buenos Aires. Allá dejé todo, mi vida es el boxeo.

El admirador miró la botella de ginebra, y señalándola con un dedo le dijo al campeón:

—¿Se puede?

—¿Cómo que no? A ver, mozo, un vaso para el amigo. ¿Querés comer algo?

—Después... Es que, sabés, las cosas andan mal, no tengo suerte. A mí el boxeo me arruinó la cara y me sacó el pan de

la boca... —y se quedó unos instantes en silencio, repasando las glorias pasadas... o deseadas— ¿Sabés qué? Si pudieras prestarme unos pesos... Es que el pibe, lo tengo enfermo.

Magnus, sin preguntarle cuánto necesitaba, sacó de su bolsillo un fajo de billetes y le tiró uno de cien. Al fan se le fue el alma por la boca, mientras llevaba a su boca la segunda copa de ginebra.

—Vos tendrías que haberme visto. Era un pibe cuando empecé, pero grandote. Al principio hice peleas como mediano, pero en poco tiempo pasé a medio pesado. Pronto voy para pesado, yo sigo echando cuerpo. Yo tengo que ser campeón de “todos los pesos”, para qué voy a ser menos, ¿no?

—Hay que tener cuidado, tigre, cuando se pasa a una categoría que no es la de uno. Yo me acuerdo del negro Archie Moore. Era bueno el negro. Pero cuando se pasó a pesado y peleó, peleó nada menos que con Cassius Clay, en el cuarto round casi lo mata.

—¿Pero vos qué sabés, decime —se enojó Magnus—, pero vos qué sabés? ¿Qué vas a comparar? Yo tengo la pegada de un pesado y la cintura de un liviano. Vos porque no me viste pelear. ¿De qué carajo estás hablando?

—No, no, si no lo decía de vos, lo decía del negro, lo decía —reuleó el “fan”—. Vos sos otra cosa. Che, que se acabó la botella, te fijaste.

—¿Y qué pasa? Pedimos otra. Mozo —gritó—, otra botella —y continuó—. Es que yo te peleo tanto de derecho como de zurdo, y no hay cosa que desorienté más al que tenés enfrente que cuando le cambiás de guardia. Y pego con las dos. Yo hago la clásica: el un dos, agrego un tercero, y el gancho ascendente casi siempre, el gancho mío, el que yo me inventé, que es mucho más demoledor que el bolo punch. Y doy un

salto hacia atrás más rápido que Cassius Clay, y la mayoría de las veces ni yo mismo me doy cuenta y el tipo ya está comiéndose la lona.

Un par de horas después, los dos estaban en la lona del pedo que tenían. Haciendo palanca con los codos, apenas podían sostenerse en el mostrador. El “fan” se apoyó en Magnus, Magnus en el “fan”, y apuntalándose uno en el otro fueron saliendo del bar, que ya estaba por cerrar. El tambaleo de sus pasos los fue llevando a cada cual por su lado, cayendo al fin ambos muy cerca, y allí los acunó la noche para dormir la mona.

Al despertar, el sol recién asomaba y Magnus vio a su lado a un portero baldeando la vereda. Se levantó parsimonioso y se dio otra biaba de falopa. Quedó como nuevo. En puro plan de joda, se puso a hacer guantes alrededor de aquel tipo, que lo miró atónito, sin entender nada. Paciente, esperó que se le pasara el reviro, que a los locos hay que darles la razón, y cuando Magnus se fue continuó con su tarea, recién percatado del susto que se había pegado. El “tigre tucumano” se metió en el primer colectivo que pasó, a que lo llevara donde lo llevara. Descendió en una avenida ancha, después de una media hora de viajar al pedo, y se internó por las calles de aquel barrio, sin saber dónde carajo estaba. Al rato entró en un bar, donde una nutrida parroquia discutía de fútbol, de política, gritaba y jaraneaba de lo lindo. Mucho espíritu de joda había.

Magnus pidió una ginebra, y metido en su traje de campeón del mundo de “todos los pesos” empezó a repasar sus peleas, y por la fuerza de su imaginación se movía su cuerpo, y daba medios golpes en el aire, y hacía juegos de cintura, y volteaba la cabeza hacia un lado y hacia el otro. La concurren-

cia lo miró, curiosa. Desde una mesa, una barra de muchachos vio la oportunidad de cargar a un loco y se confabularon para reírse un rato.

—¿Boxeador el hombre, por lo que veo? —preguntó uno de ellos, acercándose.

—Yo soy el “tigre tucumano” —respondió Magnus, con toda naturalidad.

—El “tigre tucumano”, mirá vos. ¿Quién me iba a decir a mí, que en este barrio de gente humilde iba a llegar un día “el tigre tucumano”? Muchachos —alertó, dirigiéndose a los suyos—, adivinen. El “tigre tucumano”. Este tipo no es ni más ni menos que el “tigre tucumano”. Y aquí con nosotros, se dan cuenta qué honor.

La muchachada aplaudió y gritó con tanta energía, que el dueño del bar los tuvo que llamar al orden.

—Sí, gallego, está bien —aclaró uno—. ¿Pero sabés lo que pasa? Es que...

—Sí, ya sé lo que pasa. Que los señoritos están de “muy buen humor”. Pero esto es una “confitería”, no un circo, así que si quieren hacer payasadas, allí tienen la calle.

—Bueno, gallego, te prometemos portarnos bien. Un poco de diversión, pero sin hacer ruido, ¿estamos?

El gallego no contestó, porque tenía todo su talento puesto en la tarea de lavar los platos, y porque él decía las cosas una sola vez.

El que hacía punta en la cargada continuó:

—Boxeador, ¿desde cuándo? ¿Desde la tercera ginebra o desde la cuarta?

—¿Lo qué? —preguntó Magnus, sin entender.

Tras la carcajada de toda la muchachada, aquel tipo continuó:

—No, digo que si te volviste boxeador desde que te agarraste este pedo. Porque la verdad, Pascualito, que tenés la cara muy sanita para ser boxeador.

—Yo no me llamo Pascualito —respondió Magnus, atontado. Otra carcajada, más hilarante pero menos ruidosa para no sulfurar el gallego, salió de la mesa de la barra pesada.

—Ya sé, Pascualito, no te calentés. Yo lo decía porque tenés la nariz bien enterita, y ni una marca en la jeta. ¿Eso es raro, no? Bueno, será que tiene muy buena defensa —dijo dirigiéndose a sus compinches— Eso, eso debe ser. Debe ser un nuevo Nicolino Locche, que no hay forma de entrarle una mano. Ya está, tenés razón. Nada de Pascualito, vos sos Nicolino.

—Yo no soy Nicolino.

—¡Nicolino, Nicolino! —coreó la barra.

Magnus entendió la cargada y quiso salir corriendo, pero no se lo permitió el orgullo y la indignación. Los graciosos ya lo estaba rodeando, y el puntero de la joda le acercó una copa de ginebra:

—Tomá, campeón, te invitamos tus admiradores. Esto acá se llama ginebra. ¿Cómo le dicen ustedes en Tucumán?

Todos rieron.

—Me parece que este es un pajuerano aporteñado, y aprendió a hablar castellano —glosó uno.

—Y con el tiempo, a lo mejor, se empieza a parecer a una persona. Mirá, ya no usa taparrabos. Y decinos, Nicolino, ¿vos sos campeón de qué?

—Soy el “tigre tucumano”...

—Miauuuu... —corearon todos.

—No, si es boxeador, si es todo un campeón de boxeo. Y le tienen tanto miedo, que cuando lo ven aparecer, las gallinas salen rajando.

—¿Pero será boxeador en serio? —dijo el que empezó la joda, y cerrando los puños y juntando las manos, lo desafió— A ver, mostranos cómo ponés la guardia. Dale, hacemos un par de rounds. De dos minutos, como los amateurs. Yo para ver si con vos puedo aprender algo. Mirá, lo nombramos al gallego árbitro.

—Que a mí no me metéis en vuestras jodas, coño. Y abur, que ya me estáis hartando.

Magnus siguió escuchando risas. El gallego, mientras preparaba unos sándwiches, había dejado sobre el mostrador un cuchillo de cocina. Magnus no pensó. Agarró con fuerza el mango y le hundió la hoja en el vientre al que lo estaba cargando, en un movimiento rápido, limpio. Como continuando el movimiento, de un salto estuvo fuera del bar, corriendo a toda escapada.

El herido tardó unos instantes en reaccionar. No se enteraba muy bien de lo que pasaba. Miró a los de su barra, que lo miraban, incrédulos y boquiabiertos, y en un instante que dejó caer su mirada vio el mango del cuchillo que le sobresalía del cuerpo.

—¡Me clavó un cuchillo, ese hijo de puta me clavó un cuchillo! —gritó, mientras caía en brazos de sus compañeros—. Me muero, me voy a morir... —gritó con menos fuerzas y se largó a llorar.

Algunos de sus compinches salieron a toda prisa del bar, corrieron hacia un lado y hacia el otro, miraron por todos lados, pero ni huellas del agresor. Volvieron al bar, uno preguntó si alguien lo conocía, pero ninguno de los presentes lo había visto jamás. Le preguntaron también al gallego, que estaba pálido como una hoja de cartón gris:

—¡Coño, la que se ha armao! Ya están viendo, compadritos, cómo terminan estas jodas.

Magnus tardó en cagarse de miedo por lo que había hecho. Mientras corría, y hasta que llegó a un bar muy alejado del anterior, sólo pensaba que había hecho muy bien en cagar a aquel cacho de hijo de puta, pero cuando estuvo quieto, con una copita de anís que iba tomando de a sorbitos breves, se percató de lo que pasaba, de que había matado a un tipo y que podía ir en cana por un montón de años. Se castigó con unas cuantas copas más, se dio otra vuelta de falopa y lo suficientemente aturdido enfiló en taxi al boliche que estaba abajo de la pensión donde vivía. Se encontró con toda la barra, algunos chupando, los menos desayunando.

—Campeón, ¿a quién mataste hoy? Si tendrías que tener la pegada prohibida —le dijo uno en joda, pero sin maldad.

—Maté a uno.

—¿A uno solo? Hubieras matado a cuatro o cinco, ya que estamos. Si te vas a chupar los mismos años en gayola —siguió la broma.

—No —dijo de repente Magnus—. Si yo soy amigo del suboficial Gutiérrez. ¿A mí que me van a hacer? Si en este país sólo van en cana los giles.

Siguió chupando un rato más, parejo y sin aflojar, y al final, cuando ya se estaba cayendo, miró a la barra y agregó:

—El suboficial Gutiérrez no es un amigo, es un padre... El flaco es como un padre...

Y se quedó con los ojos quietos, mirando al vacío, con la mirada sin ver, y se abrazó fuerte a todos los recuerdos de su infancia, como para que no se le escaparan.